

A close-up portrait of actor Matthew Perry. He has dark, wavy hair and light blue eyes. He is looking directly at the camera with a slight, thoughtful expression. He is wearing a dark-colored shirt. The background is a soft, out-of-focus blue-grey.

MATTHEW PERRY
Amigos, amantes
y aquello tan terrible

Matthew Perry

Amigos, amantes
y aquello tan terrible

Traducido del inglés
por María Campos Galindo

CONTRALUZ



Título original: *Friends, Lovers and the Big Terrible Thing*

Publicado mediante un acuerdo con Flatiron Books en asociación con International Editors Co. Barcelona. Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Estudio Sandra Dios
Todas las fotografías son cortesía del autor salvo que se indique lo contrario.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2022 by Matthew Perry
Prefacio © 2022 by Lisa Kudrow
© de la traducción: María Campos Galindo, 2022
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2022, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-16-1
Depósito legal: M. 3.893-2024
Printed in Spain

Índice

Prefacio, por Lisa Kudrow	13
Prólogo	17
1. La vista	31
Interludio: Nueva York	62
2. Otra generación que se va al carajo	67
Interludio: Matman	88
3. Equipaje	93
Interludio: Muerto	120
4. Como si ya hubiera estado aquí	128
Interludio: Zoom	151
5. Sin cuarta pared	152
Interludio: Vacíos	190
6. Bruce Willis	191
Interludio: El cielo se desmadró	214
7. El beneficio de los amigos	223
Interludio: Bolsillos	245
8. Odisea	248
Interludio: Campamento Trauma	264
9. Tres son multitud	266
Interludio: Violencia en Hollywood	277
10. Aquello tan terrible	281
Interludio: La sección de fumadores	311
11. Batman	324
Agradecimientos	335

*A todos los que están sufriendo ahí fuera.
Ya sabéis quiénes sois*

La mejor forma de salir de algo es pasando por ello.

ROBERT FROST

Acabáis de verme superar un día más.

JAMES TAYLOR



(Arriba) Mi
infancia resumida
en una imagen

Heme aquí,
tratando de coger
algo

Aquí salgo con mi maravillosa hermana Maria, que creció y se convirtió en psiquiatra y madre de dos hijos. Espero que haya tirado ese jersey a la basura

(Abajo) Mi hermana pequeña, Madeline, mi hermano Will y yo, que salgo sonriendo así para que no se me vieran los dientes

(Abajo del todo) Cuando estos críos se hicieron mayores acabaron salvándome la vida





Un padre endiabladamente guapo junto a un chaval que no entiende por qué su padre se está casando con otra mujer. Aquí tenía diez años. Tremendo corte de pelo llevaba entonces





Imagínate qué estaría yo pensando en esta foto que nos hicieron el día en que mi madre se casó con Keith Morrison. (Esos de ahí son mis abuelos y, el otro niño, el hijo de Keith)



Este soy yo acompañando a mi madre al altar



Mi madre junto al primer ministro de Canadá, Pierre Trudeau (Foto de Boris Spremo/Toronto Star vía Getty Images)

(Abajo) Cuando cumplí catorce años, mi padre contrató a una bailarina que se hacía llamar «Polly Darton». No se recupera uno fácilmente de algo así



Y allá vamos



Mi hermana creciendo a pasos agigantados. Aviso al lector: si llevaba perilla, es que estaba tomando Vicodina o algún otro opiáceo

(Abajo) Mi padre y yo en el Boston Garden, jugando un partido contra antiguas estrellas del equipo local. Mi padre estaba en una nube. Por aquel entonces yo ya era de Los Angeles Kings, pero no se lo digáis a nadie



(Arriba) Aquí salgo con mi abuela, una persona increíble. Siempre sonreía así para que no se viera que tenía un poco descolocados los dientes. En *Solo los tontos se enamoran* se me notan. Pero después de aquello, me llamaron de un estudio para hacer otra película y quisieron que me los arreglara

Con mi hermana Madeline en el rodaje de *Tango para tres*, ambos pensando que ojalá la película fuese mejor





(Arriba) Estaba claro que Madeline y yo nos sentíamos muy cómodos cuando estábamos juntos

Aquí una foto en la que Madeline no aparece echada sobre mí (Steve Granitz/WireImage)



¿Ha visto? Siempre tuve piernas de bailarín





(Arriba, izquierda) En 2002 me nominaron a un Emmy a Mejor Actor de Comedia. Acudí a la ceremonia con mi madre. (Vince Buccì/Getty Images)

(Arriba) Me nominaron en todas las categorías por *The Ron Clark Story*, y al final se llevó todos los premios Robert Duvall. Menudo timo. (©TNT/Cortesía de Everett Collection)

(Izquierda) La primera serie en la que salí. *Second Chance*. No podía ser más mala. (Copyright © 20th Century Fox Licensing/Merchandising/Everett Collection)

(Abajo) Esta es la serie por la que casi dejo de salir en *Friends* (© YouTube)





(Arriba) Con River Phoenix, qué guapo era. (Cortesía de Everett Collection)

Aquí estoy acompañado de mi exnovia Rachel. No había nadie que la ganara en belleza, madre mía. (Gregg DeGuire/WireImage)

(Abajo) Esta es la única foto que me hicieron junto a Rachel en la que no salgo mirándola embobado (Chris Weeks/WireImage)





(Arriba) Aquí salgo yo al lado de la mujer más graciosa del mundo. (Foto de Ron Galella, Ltd./Ron Galella Collection vía Getty Images)

(Arriba, derecha) Con Salma Hayek (y Jon Tenney) en *Solo los tontos se enamoran*, mi primer papel protagonista. (Foto de Getty Images)

(Centro, derecha) Aquí estoy yo con el hombre que más mola de todo el universo. (© 2000 Warner Foto de Pierre Vinet/ MPTVImages.com)

(Derecha) En el *LA Times* dijeron que en mi actuación en *17 otra vez* se me veía «cansado». Pero es que la idea era esa, que se me percibiera así. (© 2009 New Line Cinema/Foto de Chuck Zlotnick)





(Arriba) Acompañado de la preciosa Lauren Graham (AP Photo/Dan Steinberg)



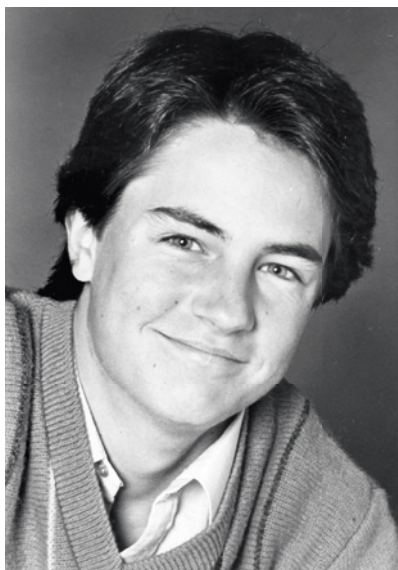
Aquí salgo fingiendo no estar enamorado de Valerie Bertinelli (Foto de Jim Smeal/Ron Galella Collection via Getty Images)

(Abajo) Este soy yo pasándomelo bien con mi colega Bradley Whitford. (MPTVImages.com)





El mejor trabajo del mundo (Neil Munns/PA Wire/Press Association Images)



Mi primer y último retrato de estudio

Prefacio

por Lisa Kudrow

«¿Y cómo está Matthew Perry?».

Durante los muchos años que han pasado desde la primera vez que me la hicieron, esta ha sido, en diferentes momentos de mi vida, la pregunta que más he oído. Y comprendo perfectamente por qué tanta gente me la hace: quieren muchísimo a Matthew y quieren que esté bien. Igual que yo. Pero siempre me fastidiaba cuando los periodistas me salían con eso, porque no podía responderles como me hubiese gustado: «Eso es cosa suya y yo no soy quién para hablar de ello, ¿vale?». Y también quería haberles dicho: «Son cosas muy personales y, si no te las cuenta directamente la persona en cuestión, a mí me parece que es ponerse a cotillear, y yo no pienso contarte ningún cotilleo de Matthew». Como también era consciente de que no decir nada sobre el tema podría ser incluso peor, a veces simplemente respondía: «Creo que está bien». Decir eso al menos no dirigiría más la atención sobre él y quizá así podría disfrutar de un poquito más de intimidad mientras se recuperaba de su enfermedad. Pero lo cierto era que no sabía muy bien cómo estaba Matthew. Como él mismo contará en este libro, lo mantenía en secreto. Y le llevó tiempo reunir las suficientes fuerzas para confesarnos una parte de lo que estaba viviendo. Durante esos años nunca traté de inmiscuirme o enfrentarme a él, porque lo poco que entonces yo sabía sobre las adicciones

era que su recuperación no era algo que estuviese en mis manos. Y, aun así, había veces en las que me preguntaba si estaría actuando mal al no tratar de hacer más, de hacer algo. Pero acabé por comprender que su enfermedad no paraba de alimentarse de sí misma y que no iba a dejar de hacerlo.

Por eso me centré únicamente en Matthew, una persona capaz de hacer que me partiera de risa cada día y, una vez a la semana, tantísimo que acabara con lágrimas en los ojos y casi sin aliento. Porque Matthew Perry seguía ahí, una persona brillante, encantadora, cariñosa, sensible, de lo más coherente y racional. Ese tío, a pesar de todo aquello contra lo que estaba luchando, estaba ahí. El mismo Matthew que, desde el principio, fue capaz de levantarnos a todos el ánimo durante la agotadora noche de rodaje en la que grabamos los créditos de apertura en aquella fuente. «¡Ya no me acuerdo de lo que es no estar en una fuente!». «¿Qué estamos, mojados?». «Ya no me acuerdo de lo que es estar seco... ¡Yo!». (Que saliéramos riéndonos en la intro fue culpa de Matthew).

Cuando *Friends* terminó, dejé de ver a Matthew a diario y no tenía manera de saber cómo se encontraba.

Este libro es lo primero que sé de verdad de cómo vivió y sobrevivió a la adicción que sufría. Matthew me había contado algunas cosas, pero no me había dado tantos detalles. Ahora es cuando nos ha permitido entrar en su cabeza y en su corazón con transparencia y con todo lujo de detalles. Y por fin no tendrán que volver a preguntarme, a mí o a quien sea, cómo se encuentra Matthew. Porque os lo va a contar él mismo.

Contra todo pronóstico, ha sobrevivido, pero no sé la de veces que estuvo a punto de no conseguirlo. Me alegro mucho de que estés aquí, Matty. Bien hecho. Te quiero.

-Lisa

Amigos, amantes y aquello tan terrible

Prólogo

Hola, me llamo Matthew, aunque seguramente tú me conozcas por otro nombre. Mis amigos me llaman Matty.

Y debería estar muerto.

Si quieres, lo que estás a punto de leer puedes interpretarlo como un mensaje desde el más allá, mi más allá.

Estamos en el Séptimo Día de Dolor. Y por 'Dolor' no me refiero a cuando te das un golpe en un dedo del pie o a tener que ver *Más falsas apariencias*. Si pongo la palabra 'Dolor' con mayúscula es porque aquel fue el peor dolor que hubiera experimentado nunca; era el Ideal Platónico del Dolor, el canónico. Hay gente que dice que el peor dolor que hay es el del parto: pues bien, este dolor era el peor que uno pudiera imaginarse, pero quitándole la parte de vivir al final la alegría de coger en brazos a un recién nacido.

Y vale que fuera el Séptimo Día de Dolor, pero es que también fue el Décimo Día sin Movimiento Alguno. No sé si lo pillas. Estuve diez días sin cagar (eso, eso era lo que había que pillar). Algo iba mal, pero que muy mal. El dolor del que hablo no era uno de esos tontos y punzantes, como el de cabeza; ni siquiera se trataba de un dolor taladrante, como si te estuvieran apuñalando, tipo la pancreatitis que tuve a los treinta años. Este Dolor era totalmente diferente. Era como si el cuerpo me fuese a explotar. Como si las entrañas estuvieran tratando de salirse por la fuerza. Este Dolor no se andaba con chiquitas.

Y los ruidos que hacía. Madre mía, qué ruidos. Normalmente, soy un tío bastante silencioso, incluso retraído. Pero aquella noche grité con toda la fuerza que tenía en los pulmones. Hay noches en las que, cuando el viento acompaña y los coches están ya todos aparcados, en las colinas de Hollywood se oye el espeluznante sonido de los coyotes despellejando algo que se deshace en aullidos. Al principio parecen niños que se ríen muy muy a lo lejos hasta que te das cuenta de que lo que se oye no es eso, sino la antesala de la muerte. Pero está claro que lo peor es cuando los aullidos cesan, porque entonces sabes que, sea lo que sea que hayan atacado, ya está muerto. Es el infierno.

Y sí, el infierno existe. No consentas que nadie te diga lo contrario. Yo he estado allí: existe. Fin de la discusión.

Aquella noche, el animal al que despellejaban era yo. No paré de gritar y luchar con uñas y dientes para sobrevivir. El silencio era sinónimo de que había llegado el final. Qué poco supe entonces lo cerca que estaba del final.

Por aquella época, yo vivía en una residencia de desintoxicación al sur de California. No era nada nuevo, ya que me había pasado media vida en versiones diferentes de centros de tratamiento o en residencias de desintoxicación, lo cual es aceptable cuando tienes veinticuatro años, pero está menos bien visto cuando tienes cuarenta y dos. Entonces tenía cuarenta y nueve y estaba luchando por quitarme esa losa de encima.

En aquella época, sabía ya más sobre la adicción a las drogas y el alcoholismo que cualquiera de los *coaches* y la mayoría de los médicos con los que me crucé en esos sitios. Lamentablemente, saber eso no te sirve para nada. Si el pase mágico para alcanzar la sobriedad consistiera

en esforzarse mucho y tirar de lo que uno sabe, entonces esta bestia no sería más que un recuerdo desagradable. Solo para conseguir mantenerme con vida, tuve que convertirme en paciente profesional. Pero mejor no endulcemos la situación. A mis cuarenta y nueve años, seguía teniendo miedo a quedarme solo. Cuando eso ocurría, mi cerebro, que se había vuelto loco (pero solo en esa área de mi mente, eso sí), buscaba cualquier excusa para hacer lo impensable: beber y drogarse. A pesar de que he tirado varias décadas de mi vida a la basura justo por hacer eso, me aterra la idea de recaer. No me da miedo ponerme a hablar delante de veinte mil personas, pero si me dices que tengo que pasarme la noche solo, echado en el sofá y viendo la tele, me entra miedo. Y ese miedo nace de mi propia mente, de mis propios pensamientos; es un miedo a que la cabeza me anime a echar mano de las drogas, como ha hecho tantas otras veces. Mi mente está deseando matarme y lo sé. Constantemente siento que la soledad me acecha y me invade un anhelo que viene aparejado a la certeza de que existe algo ahí fuera que será capaz de arreglarme. ¡Pero ya he probado con todas las cosas posibles!

Julia Roberts es mi novia. «Me da igual, tienes que beber.»

Me acabo de comprar la casa de mis sueños, ¡tiene vistas a toda la ciudad! «No voy a disfrutar de ella hasta que no dé con un camello.»

Gano un millón de dólares a la semana. Ahora sí, ¿no? «¿Te apetece un trago? Pues sí, me lo tomaría, muchas gracias.»

Lo tuve todo, pero era un espejismo. No había nada que fuera a arreglar aquello. Pasarían años hasta que lograra rozar la solución con la punta de los dedos. Y, por favor, que no se me malinterprete. Todas esas cosas –Ju-

lia, la casa de mis sueños y el sueldo semanal de un millón de dólares— eran estupendas y siempre estaré agradecido por haberlas disfrutado. Soy uno de los hombres más afortunados del planeta. Y vaya si me lo pasé bien.

Simplemente, no eran la respuesta. Si volviera a empezar de cero, ¿seguiría presentándome al castin de *Friends*? Ya te digo yo que sí. ¿Volvería a beber? Ya te digo yo que sí. Si no hubiese echado mano del alcohol para calmarme los nervios y ayudarme a pasármelo bien, me habría tirado de lo alto de un edificio antes de cumplir treinta años. Mi abuelo, el maravilloso Alton L. Perry, creció con un padre alcohólico y por eso no probó ni gota en toda su vida, los estupendos noventa y seis largos años que duró.

Pero yo no soy mi abuelo.

No escribo todo esto para que alguien sienta pena por mí, lo hago porque lo que aquí cuento es verdad. Lo escribo porque habrá alguien más que no entienda cómo es consciente de que debería dejar de beber —como yo, poseen toda la información y conocen sus consecuencias—, pero aun así no es capaz de parar. No estáis solos, hermanos y hermanas. (Deberían poner una foto mía en el diccionario, mirando a mi alrededor con cara de confusión, debajo de la palabra ‘adicto’).

Desde la residencia de desintoxicación al sur de California tenía vistas a la parte oeste de Los Ángeles y dos camas *queen size*. La otra cama la ocupaba mi asistente y mejor amiga Erin, una chica lesbiana cuya amistad valoro mucho porque me aporta el placer de disfrutar de la compañía femenina sin esa tensión amorosa que al parecer se ha cargado todas mis relaciones de amistad con mujeres heterosexuales (por no mencionar que, cuando estamos juntos, podemos hablar de chicas guapas). La conocí dos años antes, en otra clínica en la que por aquel

entonces trabajaba. Aquella vez no conseguí desintoxicarme, pero me di cuenta de lo maravillosa que era en todos los aspectos y sin pensármelo dos veces la saqué de aquella residencia y la convertí en mi asistente y, más tarde, en mi mejor amiga. Ella también comprendió cómo funcionaban las adicciones y terminó por entender mi sufrimiento mejor que cualquier médico que me hubiera tratado.

A pesar de lo bien que Erin me hizo sentir entonces, seguí pasándome muchas noches en vela en el sur de California. Conciliar el sueño es muy importante para mí, sobre todo cuando estoy metido en un sitio de este tipo. Dicho esto, creo que en toda mi vida jamás he conseguido dormir más de cuatro horas seguidas. Tampoco ayudaba mucho que no viéramos más que documentales sobre la cárcel ni que todo el Xanax que había consumido y del que me estaba desenganchando hiciera que se me friese el cerebro hasta tal punto que llegué a estar convencido de que la residencia en la que había entrado en realidad era una cárcel y yo, un recluso. Uno de mis psiquiatras tiene un mantra: «La realidad es un gusto adquirido». Pues bien, por aquel entonces yo había perdido mi sentido del gusto y del olfato hacia la realidad; pillé el covid de la percepción, estaba completamente ido.

Pero nada de lo relacionado con el Dolor era consecuencia de ese delirio; de hecho, me dolía tantísimo que dejé de fumar, lo que, si fueras una de las personas que sabían lo mucho que fumaba, habrías visto como un síntoma muy claro de que algo no iba nada bien. Una de las empleadas de aquel sitio, en cuya plaquita con su nombre bien podría haber puesto ENFERMERA GILPUERTAS, me sugirió que para aliviar mi «malestar» me diera un baño de sales de Epsom. A nadie se le ocurriría apa-

recer con un paquete de tiritas en un accidente de tráfico; a nadie se le ocurriría meter a alguien que está sintiendo tantísimo Dolor a remojo en su salsa. Pero la realidad es un gusto adquirido, no lo olvides, así que al final sí que me di ese baño con sales de Epsom.

Y allí estaba yo sentado, desnudo, con Dolor, aullando como un perro al que estuvieran atacando unos coyotes hasta despellejarlo. Entonces Erin me oyó –joder, me oyeron hasta en San Diego–. Se asomó a la puerta del baño y, mirando mi silueta triste y desnuda mientras me retorecía de dolor, simplemente me dijo:

–¿Quieres que vayamos al hospital?

Si Erin pensó que aquello era para ir al hospital, es que era para ir al hospital. Además, ya se había dado cuenta de que no estaba fumando.

–Me parece una idea cojonuda –le dije entre aullidos.

Erin me ayudó como pudo a salir de la bañera y me secó. Estaba empezando a vestirme cuando apareció por la puerta una de las terapeutas (supongo que alarmada porque en aquella habitación estuvieran sacrificando a un perro).

–Me lo llevo al hospital –dijo Erin.

Catherine, la terapeuta, resulta que era una rubia muy guapa a la que al parecer me había declarado nada más llegar, por lo que seguramente no fuera mi mayor admiradora. (No es coña, se me fue tanto la olla al llegar que le pedí que se casara conmigo y acto seguido me caí por unas escaleras.)

Mientras yo seguía vistiéndome, Catherine le dijo a Erin:

–Lo está haciendo para conseguir droga. Va a pedirla en cuanto llegue al hospital.

«Muy bien, este matrimonio se ha terminado», pensé.

Para entonces, los aullidos ya habían alertado a más gente de que lo más probable fuera que el suelo del baño estuviera cubierto de vísceras de perro; eso, o que alguien estaba sintiendo muchísimo Dolor. El terapeuta jefe, Charles –figúrate: padre modelo y madre sin techo– se situó en el umbral de la puerta con Catherine para ayudarla a impedir que saliéramos.

¿Impedir que saliéramos? ¿Qué teníamos, doce años?

–Es paciente nuestro –dijo Catherine–. No tienes derecho a llevártelo.

–Conozco a Matty –insistió Erin–. No está intentando conseguir droga.

Entonces, Erin se volvió hacia mí.

–¿Quieres ir al hospital, Matty? –Asentí y grité un poco más–. Me lo llevo –dijo.

No sé cómo, pero conseguimos apartar a Catherine y a Charles, salir del edificio y llegar al parking. Y digo «no sé cómo» no porque Catherine y Charles se empeñaran en detenernos, sino porque cada vez que ponía un pie en el suelo el Dolor se volvía más insoportable.

Allí arriba, en el cielo, mirándome con desdén, sin compadecerse por la agonía que estaba atravesando, se alzaba una bola amarilla y brillante.

«¿Qué es eso?», pensé entre espasmos de agonía. «Ah, el sol. Eso...» No pasaba mucho tiempo fuera.

–Tengo aquí a un personaje público con dolor abdominal severo –dijo Erin al teléfono al mismo tiempo que abría el coche. Los coches son una banalidad, algo común, hasta que te prohíben conducir, que es cuando se convierten en una caja mágica posibilitadora de libertad y en un ejemplo de tu anterior vida repleta de éxito. Erin me subió al asiento trasero y me tumbé. La barriga se me retorcía de dolor.

Erin se puso en el asiento del conductor, se volvió hacia mí y me dijo:

–¿Quieres llegar rápido o que vaya evitando las zonas con baches?

–¡Llévame y punto, mujer! –logré decir.

En ese momento, Charles y Catherine decidieron aunar sus fuerzas para evitar que nos fuéramos y se plantaron delante del coche para impedirle el paso. Charles había levantado las manos y nos enseñaba las palmas como diciendo: «¡No!», como si a un vehículo de motor de mil quinientos kilos pudiera uno pararlo con sus manazas.

Para más inri, Erin no lograba arrancar el coche. El motor se accionaba *pidiéndole* al coche en voz alta que arrancara, porque, a ver, salí en *Friends*. Catherine y el Palmas no se movieron. Cuando consiguió arrancar el maldito trasto, Erin solo tenía que hacer una cosa más: acelerar el motor, poner el coche en marcha y subir un bordillo –el impacto del movimiento, que me dio una sacudida en todo el cuerpo, casi me provoca la muerte en ese mismo instante–. Con las dos ruedas subidas al bordillo, aceleró pasando por lado de Catherine y Charles y salió a la calle. Sin más, vieron cómo nuestro coche se alejaba, aunque hubo un momento en el que la habría animado a que les pasara por encima: cuando uno no es capaz de parar de gritar le entra el pánico.

Si estaba haciendo todo aquello solo para conseguir drogas, entonces me habría merecido que me dieran un Óscar.

–¿Estás intentando pasar por todos los badenes? No sé si te has dado cuenta, pero no me encuentro demasiado bien ahora mismo. ¡Ve más lenta! –le supliqué. A los dos nos caían lágrimas por las mejillas.

–Tengo que ir rápida –dijo Erin, con esos ojos marrones suyos llenos de compasión que me miraban con preocupación y miedo–. Tienes que llegar ya.

Fue justo en ese momento cuando perdí el conocimiento. (Un diez en la escala del dolor equivale a perder el conocimiento, por cierto).

[Atención: en los próximos párrafos, este libro será una biografía en lugar de unas memorias, porque para entonces yo ya no estaba allí].

El hospital más cercano a la residencia de desintoxicación era el Saint John's. Como Erin había sido previsoramente y había llamado para avisar de que iba en camino una persona famosa, alguien salió a recibirnos cuando el coche llegó a la puerta de Urgencias. Cuando llamó, Erin no era consciente de lo terriblemente mal que me encontraba, por lo que le preocupó mucho mi privacidad. Pero la gente del hospital vio que algo no iba nada bien y rápidamente me metieron en una sala. Fue allí donde se me oyó decir:

–Erin, ¿por qué hay pelotas de ping-pong en el sofá?

Ni había sofá ni pelotas de ping-pong, lo que pasaba es que yo estaba alucinando muchísimo. (No tenía ni idea de que el dolor pudiera hacerte alucinar, pero vaya si puede). Entonces me hizo efecto el Dilaudid (mi medicamento favorito del mundo entero) y por un momento recuperé el conocimiento.

Me dijeron que precisaba cirugía de urgencia y de repente todas y cada una de las enfermeras de California vinieron a mi habitación. Una de ellas se volvió hacia Erin y le dijo: «¡Prepárate para echar a correr!». Erin se preparó y salimos todos corriendo –bueno, los que corrieron fueron *ellos*, a mí simplemente me condujeron a toda velocidad a una sala de operaciones–. A Erin le pidieron que se marchara unos pocos segundos después de que le dijera: «Por favor, no te marches». Entonces cerré los ojos y no volví a abrirlos hasta dos semanas después.

Así es, damas y caballeros: ¡un coma! (¿Y los cabrones aquellos habían intentado impedir que nos subiéramos al coche?)

Lo primero que ocurrió cuando entré en coma fue que aspiré en el tubo de respiración, lo que me hizo vomitar directamente en los pulmones la porquería tóxica de diez días. Aquello no les sentó demasiado bien y se tradujo en una neumonía, y fue entonces cuando el colon me explotó. Permitidme que lo repita para que lo oigan los que están al fondo: ¡me explotó el colon! Ya me habían criticado en alguna ocasión por ir de mierda hasta las cejas, pero esta vez ocurrió tal cual.

Me alegro de no haber estado allí para verlo.

Por entonces, estaba bastante claro que me iba a morir. ¿Podríamos decir que lo de que me explotara el colon fue mala suerte? ¿O tuve la suerte de que me pasara en el único sitio en todo el sur de California en el que podían ponerle remedio? Fuera como fuese, tenía por delante una cirugía de siete horas y al menos les dio tiempo de sobra a todos mis seres queridos de salir pitando hacia el hospital. Conforme llegaron les fueron diciendo: «Hay un dos por ciento de probabilidades de que Matthew salga vivo esta noche».

Todo el mundo estaba tan sobrepasado emocionalmente que hubo quien se desmayó en la misma entrada del hospital. Me va a tocar vivir el resto de mi vida sabiendo que tanto mi madre como otras muchas personas tuvieron que oír esas palabras.

Puesto que yo estaba siendo sometido a una operación que al menos duraría siete horas, y convencidos de que en el hospital harían por mí cuanto estuviera en su mano, mis familiares y amigos regresaron a casa para pasar la noche y descansar un poco mientras mi yo in-

consciente luchaba por salvarme la vida entre todos aquellos bisturíes, tubos y sangre.

Atención, *spoiler*: sí que salí vivo aquella noche. Pero todavía no estaba fuera de peligro. A mis familiares y amigos les dijeron que la única cosa que podría mantenerme con vida a corto plazo era conectarme a una máquina ECMO (cuyas siglas en inglés vienen de oxigenación por membrana extracorpórea). Recurrir a esto es casi como buscar que ocurra un milagro –para muestra, aquella semana conectaron a cuatro pacientes de UCLA a una ECMO y los cuatro fallecieron–.

Para complicar aún más las cosas, en el Saint John's no tenían ECMO. Entonces llamaron al Cedars-Sinai, donde echaron un vistazo a mi historial y al parecer dijeron: «Matthew Perry no va a morir en nuestro hospital».

Muchas gracias, tíos.

En UCLA tampoco quisieron atenderme –¿por el mismo motivo, quizá? ¡Quién sabe!–, pero al menos accedieron a mandar una máquina ECMO y a un equipo de sanitarios. Me conectaron a aquello durante varias horas ¡y se ve que funcionó! Más tarde me trasladaron a la propia UCLA en una ambulancia llena de personal médico y de enfermería. (Ni de coña habría sido capaz de sobrevivir a un trayecto en coche de quince minutos, y muchísimo menos teniendo en cuenta cómo conducía Erin.)

En UCLA me metieron en la UCI respiratoria y de cardiología, unidad que se convertiría en mi hogar durante las siguientes seis semanas. Seguía en coma, pero lo más probable es que estuviera encantado, la verdad. Estaba tumbado, acurrucadito en mi cama, y me estaban suministrando toda clase de medicamentos... ¿acaso se puede pedir más?

Y me han dicho que durante aquella temporada en coma jamás estuve solo, ni una sola vez; siempre hubo algún miembro de mi familia o algún amigo a mi lado en la habitación. Celebraron vigiliass con velas, formaron círculos de oración. Estuve rodeado de amor en todo momento.

Y de repente, como por arte de magia, abrí los ojos.

[Sigo con mis memorias.]

Lo primero que vi fue a mi madre.

–¿Qué pasa? –logré graznar–. ¿Dónde leches estoy?

Lo último que recordaba era haber estado en el coche con Erin.

–Te explotó el colon –dijo mi madre.

Con aquella información, hice entonces lo que cualquier cómico habría hecho en mi lugar: puse los ojos en blanco y me volví a dormir.

Me han contado que cuando alguien está enfermo *de verdad* se produce una especie de desconexión, se da una situación tipo «Dios aprieta, pero no ahoga». En mi caso, bueno, durante las tres semanas que siguieron al momento en que desperté del coma no dejé que nadie me contara qué me había pasado. Me daba demasiado miedo darme cuenta de que había sido por mi culpa, que había sido yo el que se había provocado todo aquello. Así que, en lugar de hablar de ello, hice lo único que me veía *capaz* de hacer: durante aquellos días en el hospital me entregué por completo a mi familia y pasé horas y horas con mis preciosas hermanas Emily, Maria y Madeline, tan ocurrentes, tan atentas y tan *a mi lado*. Por la noche la que estaba era Erin. Una vez más, nunca me dejaron solo.

Entonces llegó el día en que Maria –la cabecilla de la familia– decidió que ya era hora de que me contaran lo

que me había pasado. Y allí estaba yo, enganchado a cincuenta cables como si fuera un robot, postrado en aquella cama y escuchándola ponerme al día. Entonces se materializaron mis miedos: era yo el que me había provocado todo aquello, era todo culpa mía.

Y lloré, ya lo creo que lloré. María hizo todo lo que pudo por consolarme, pero por mucho que se esforzara, no había consuelo posible. Había estado a punto de matarme. Y no porque fuera un fiestero –si consumí tantas drogas (y fueron *muchas* drogas) fue por intentar de manera absurda sentirme mejor–. Síganme para más consejos sobre cómo tratar de sentirse mejor y acabar con un pie en la tumba. Y aun así, allí seguía, vivo. *¿Y por qué? ¿Por qué me había librado?*

Sin embargo, las cosas se pusieron feas antes de que diera tiempo a que mejoraran.

Parecía que todas las mañanas venía un médico nuevo a darme más malas noticias. Si algo podía salir mal, así ocurría. Ya me habían practicado una colostomía –al menos me dijeron que era reversible, menos mal–, pero al parecer ahora se había formado una fístula, un agujero en uno de los intestinos. El problema era que no lo graban localizarla. Para conseguirlo, me pusieron *otra* bolsa de la que salía un líquido verde asqueroso, pero llevarla suponía no poder comer ni beber nada hasta que dieran con ella. Se pasaron un día entero buscando la fístula mientras yo tenía cada vez más sed. Literalmente supliqué para que me dieran una Coca-Cola Light y soñé con que me perseguía una lata gigante de Sprite sin azúcar. Al final tuvo que pasar un mes entero –¡jun mes!– hasta que ubicaron la fístula, que estaba en algún conducto tras el colon. Y yo pensé: «Eh, tíos, que si estáis buscándome un agujero en el intestino, digo yo que por qué no empezáis a mirar detrás de lo que me EX-

PLOTÓ, JODER». Pero cuando lo localizaron pudieron ponerse con él, y una vez conseguido yo comencé mi proceso de volver a aprender a caminar.

Supe que estaba recuperándome cuando me di cuenta de que había empezado a sentirme atraído por la terapia que me habían asignado. Y sí, vale que tenía una cicatriz enorme en el estómago, pero tampoco es que fuera yo un tío de esos a los que les encanta quedarse sin camiseta. Sé muy bien que no soy Matthew McConaughey, y cuando me ducho lo que hago es esforzarme por mantener los ojos cerrados.

Como ya he dicho, durante mi estancia en aquellos hospitales nunca me dejaron solo, ni una sola vez. Así que, efectivamente, *siempre* hay luz en la oscuridad. Está ahí, solo que tienes que hacer un esfuerzo para dar con ella.

Después de cinco meses, que se hicieron muy largos, me dieron el alta. Me dijeron que a lo largo del año el cuerpo se iría recuperando lo suficiente para que, con una segunda operación, pudieran quitarme la bolsa de la colostomía. Pero que, por el momento, podíamos recoger la bolsa con mis cosas –las cosas de cinco meses allí– y volver a casa.

Ah, y por cierto: soy Batman.

«Hola, me llamo Matthew, aunque seguramente tú me conozcas por otro nombre. Mis amigos me llaman Matty. Y debería estar muerto».

Así da comienzo la fascinante historia de Matthew Perry. En estas memorias, el actor de éxito nos permite acompañarlo en su viaje a la fama, para más tarde recorrer su descenso a la adicción y su recuperación después de sufrir un episodio médico que casi acaba con su vida.

En este extraordinario relato que solo él podría contar —y expuesto como solo él sabría hacerlo, de una forma sincera, cercana y llena de humor—, Matthew Perry nos permite adentrarnos en la necesidad de reconocimiento que le hizo perseguir la fama y el vacío que albergaba en su interior. Pero también nos hace partícipes de la paz que ha hallado una vez alcanzada la sobriedad y cómo vive el hecho de que *Friends* sea una constante en su día a día, y revela las anécdotas que vivió con sus compañeros de reparto y con otras estrellas que fue conociendo por el camino.

Amigos, amantes y aquello tan terrible son unas memorias inolvidables. Un libro rotundamente sincero, conmovedor y desternillante que los fans llevaban mucho tiempo esperando.

Matthew Perry

fue un actor, productor ejecutivo y dramaturgo.

2013

CONTRALUZ

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-16-1



9 788419 822161

Cód.: 3531004